ALBERTO BAEZA FLORES, *Los poetas dominicanos del 65: Una generación importante y distinta*. Santo Domingo: Biblioteca Nacional, 1984.

Surgido como necesidad de ampliar el panorama dado en los tomos III y IV de *Poesía dominicana en el siglo XX*, el volumen *Los poetas dominicanos del 65*, de Baeza Flores, lleva una justificación de su autor y las palabras «A manera de introducción» del director de la Biblioteca Nacional, Cándido Gerón, quien señala la importancia del trabajo de Baeza Flores. Nadie puede poner en duda tal importancia, pero el trabajo de Baeza Flores deja mucho que desear en aspectos de gran relieve crítico.

Comencemos por la metodología. Creemos que existe mucha confusión sobre el modo de acercamiento a las letras. Destacar algunos aspectos relacionados con lo histórico y lo social, situar a un autor e interrogarse por sus influencias, clase o léxico empleado, no es seguir el método sociológico, como no hacemos estilística o lingüística al observar algunos usos específicos del lenguaje dentro de un autor. Tampoco se hace un rastreo de orientación ideológica al registrar la trascendencia de un hecho social o la repercusión de un suceso o la crítica de algún aspecto social. Contamos con pocos, muy restringidos ejemplos, entre nosotros, de una crítica de esta naturaleza.

En cuanto a Sobejano, citado por Baeza, se trata de un ensayista que estudia el uso del epíteto a través de varios cortes temporales, y su estudio quizá podría aplicarse a otros autores anteriores a los del 65 (por ejemplo, a Héctor Incháustegui Cabral), pero su aplicación en esta generación resulta forzada, pues Sobejano busca, en este rasgo, poner de relieve la concepción imaginativa y afectiva del mundo que cada una de las etapas diferenciadoras de nuestra lírica permite vislumbrar (así el epíteto clásico en Garcilaso, en Herrera y Góngora, en los románticos y el modernismo, hasta llegar a Jorge Guillén y el surrealismo). Sobejano no se ciñe al epíteto dentro del concepto de la retórica, sino que, relegando la tendencia ornamental y atendiendo a lo expresivo, ve en el epíteto un revelador de estilos personales y de época, lo cual se pierde de vista en Baeza Flores.

En lo que respecta a «Innovaciones de lecturas plurales», ya aclaramos al comenzar el ensayo de Baeza Flores en *Eme-Eme* que, a nuestro parecer, convendría separar la obra de Manuel Rueda y estudiarla aparte. Ledesma no se nos presenta como un poeta innovador, con una obra importante y muy individualizada. Y en cuanto a Cayo Claudio Espinal, pese a su vanguardia experimental, en la que sigue líneas innovadoras trazadas por otros creadores, cuando revisamos su mensaje poético —el más audaz quizá de estos ejemplos de poesía nueva— es un poeta en quien lo formal pasa casi a un segundo plano. El hecho de que Espinal tuviera diez años en abril de 1965 y que los acontecimientos lo hayan conmovido, como dice Baeza, no se nos ocurre un criterio para incorporarlo a estos poetas del 65 al 80. A pesar de que el mismo Baeza rechaza, con acierto, la inclusión de Ramón Francisco, nos encontramos ante una amplitud excesiva: se incluyen los antecedentes más inmediatos del 60, los del 75 y los más jóvenes. Así, junto a Grey Coiscou en poesía femenina, nacida en 1939, aparece Sally Rodríguez (1957) y Taiana Mora (1965).

La exploración de Baeza no es modesta, como él dice. Ha leído, estudiado e investigado nuestra literatura. El solo hecho de reunir el material denota un real esfuerzo. Cuidadoso, trata de recuperarlo todo: citas bibliográficas, trabajos provenientes de encuentros, publicaciones periódicas, referencias a los temas tratados

y a otros temas de posible vinculación con los mismos, diccionario de imágenes, comparaciones con otros autores nacionales y extranjeros.

Sin embargo, y esto sin interés de menoscabar su obra, señalamos que, junto a la investigación y la sinceridad —a veces algo ingenua— con que se propone emprender su estudio, se encuentran reiteraciones frecuentes e innecesarias. El mayor problema de este trabajo radica en su falta de exigencia. Todo no puede ser excelente ni ejemplo de una obra fundamental, capital o modelo. No todo es importante; así como hay rasgos diferenciadores de un estilo a otro, de un ritmo a otro, los hay en los niveles, en la capacidad organizativa, en los resultados de un mensaje. Baeza comprende —y eso se ve en la lectura— que efectuar un paralelo con otros autores no significa decir en forma solapada que se ha copiado, sino inscribirlos en un contexto de influencias y lecturas. El mismo lo hace. Por eso, y por su especial sensibilidad y agudeza, entenderá que si le pedimos una mayor necesidad de exigencia crítica y de jerarquización, sobre todo con poetas significativos o con una obra que tiende a serlo, más que un reproche, estamos sugiriendo.

Pese a la trascendencia de algunos textos, pese a su calidad —sí, es posible comparar algunos textos dominicanos con otros hispanoamericanos—, no pueden elevarse algunos poemas a alturas en donde las imperfecciones se comparen con las imperfecciones de grandes poetas a fin de borrar o justificar la de los escritores estudiados, ni trazar paralelos hiperbólicos o colocar en un mismo saco balbuceos y textos definidos. La crítica no puede reducirse a señalar defectos ni guiarse por excesos laudatorios, entusiasmos y simpatías que distorsionen lo real u ofrezcan una realidad restringida. Creemos en una metodología que aúne objetividad (un mínimo de ella, al menos), sistema organizativo y lectura creadora que admita otras interpretaciones. No podemos dejarnos llevar por la benevolencia o por querer valorar y caer finalmente en una sobrevaloración. El poeta, el crítico, debe exigir y exigirse a sí mismo y no engegucarse por la complacencia.

No podemos citar ejemplos y ejemplos. Eso conduciría a polémicas y numerosos juicios adversos que podrían herir y causar susceptibilidades inútiles y que a la vez podrían contradecirse con el tiempo; comentar un libro inicial o un par de poemas no da un panorama interpretativo consistente. Hay casos en los que conviene el silencio, pero no puede colocarse, repetimos, en un mismo rubro, intentos abortados o buenas intenciones. Pero si falta dominio de la lengua, o si se se suple éste con una simple verborrea, es la obligación del crítico poner el dedo en la llaga. Baeza ha esquivado esta responsabilidad.

Insisto en que la obra de Baeza es significativa. Es un esfuerzo ingente y no se menoscaba porque le indiquemos debe revisarla —hay ciertas erratas y hasta transposiciones de páginas—. Reducirla, apretarla mucho más para lograr síntesis y ciertos ajustes, junto a la necesidad de seguir un plan organizativo más estricto y riguroso. En esta obra importante, más que el aspecto generacional, características, etc., propios de una historia de la literatura, nos atraen los comentarios de textos y el intento de comprender y rescatar un valioso material para nuestras letras. No negamos la calidad de la poesía dominicana de los últimos años y sus aportaciones variadas; lo que sí negamos es la sobrevaloración constante que hallamos en esta obra de Baeza Flores.

MARÍA DEL CARMEN PROSDOCIMI DE RIVERA

Arlington, VA.